

**DON GILDO D'ACCURZIO**  
**(1898 - 1983)**  
**SEMBLANZA**  
**EL IMPRESOR**

*por Diego Pró*

Conocimos a don Gildo D'Accurzio en 1942. En día de la primavera de ese año entramos por primera vez en su taller de artes gráficas, en la calle Buenos Aires, a la altura del número 202, da la ciudad de Mendoza, con un centenar de cuartillas en las manos. El impresor estaba allí, entre el rumor de las máquinas, junto a los tipógrafos, yendo y viniendo, observando la labor de las linotipos y las planas, los plomos brillantes y recién compuestos, los trabajos con sus tintas aún frescas y olorosas.

Aquella conversación inicial con don Gildo, me dio la impresión inmediata de que estaba frente a un auténtico impresor. Lo veo con su mandil colgado al pecho, sonriente y afable, que diálogo que sobrevolaba los detalles de las artes gráficas, de los tipos y rasgos del Bodoni, el Kentonnian, el Garamond, el Caledonia. Perdura aún el recuerdo de haber tratado a un maestro artesano y artista. Sabía quisicosas en materia de calidades y clases de papel, con letras de agua o sin ellas, hasta los que prefieren los bibliófilos y coleccionistas, el Miliani, el Pergamino Fabriano, el Ingres, el Quarro, el Witoel Legder, el Witoelazure, el Holanda. Y prolongaba

así, en la Argentina, desde su taller mendocino, la tradición de impresores del país, en la que D'Accurzio tuvo un lugar propio, junto a nombres como los de Emilio Coni, Francisco Colombo, Guillermo Kraff, Jacobo Peuser, Bartolomé Chiesino, Imprenta López, Osvaldo Colombo y tantos otros.

Desde aquella lejana mañana de septiembre hemos vuelto una y otra vez al taller de don Gildo, con manuscritos propios u originales del Instituto de Filosofía de la Universidad Nacional de Cuyo. El impresor continuaba entre sus viejas prensas, con su amor a las artes gráficas, al libro bello, la revista y el folleto bien impresos, o al transitorio catálogo y el "affiche" como expresión estética, cultivada con fervor y ahínco. Lo seguían apasionando la historia de los grandes impresores, los problemas técnicos de las artes gráficas, los progresos y estilos de las mismas. Y en las impresiones, particularmente de los libros, reconocía épocas, nacionalidades, psicología de los pueblos.

Entre las apreturas del tiempo, siempre escaso en su taller, hacía don Gilso paréntesis para asesorar a los autores noveles, y a los no tan noveles, en asuntos de tintas y colores, de ornamentos e ilustraciones, de letras capitulares, iluminadas con certero gusto. A veces le surgía el recuerdo de textos prestigiosos, a dos columnas, en letras rojas y filigranas lilas, de algunos de los grandes impresores del Renacimiento italiano, o las doradas exquisiteces de antiguas encuadernaciones francesas o la sobriedad de las inglesas.

En su casa de la calle José Federico Moreno, al N° 1115, guardaba para sí y el disfrute de los amigos, la colección de obras que se había impreso en su taller. Y alguna vez pudo ser expuesta al público como testimonio de una época de la historia de las artes gráficas en Mendoza.

## EL HOMBRE

En el impresor alentaba el hombre. Tenía don Gildo los rasgos de sus antepasados latinos e italianos. De talla mediana, su rostro en sanguínea, había sido trabajado por el tiempo y el esfuerzo. Como tajado a escofina, traducía

su alma de artesano y artista. Sus rasgos traducían cercanas ascendencias y ancestros de Italia, patinados por los soles de la Argentina y Mendoza. Tenía la modestia de los que se han formado a sí mismos y conocen los límites de los hombres y las cosas.

Su generosa disposición hacia el bien, se volvía patente en sus acciones, aunque don Gildo gustaba reservarla y hasta ocultarla. Algunos intentos editoriales realizados en Mendoza, como el de "La Cruz del Sur", y muchos escritores, poetas, publicistas y hombres comunes conocieron el apoyo del impresor o el aliento solidario del hombre.

Algunos pensamientos hablan de su ética concreta. Entresacamos unos pocos: "Trata de saber escuchar, "Absorbe tus dificultades. No las divulgues"."No discutas. Sencillamente opina"."Trata a los demás como quisiera que lo traten a usted". "Prometa únicamente en los casos en que pueda cumplir". "Esté siempre dispuesto a sonreír". "Cuide la puntualidad". "Sea jovial voluntarioso y dinámico". Son normas prácticas de un hombre que se sentía socialmente obligado y se orientan a la vida y la acción. Le disgustaba los pirueteos de los que nada producen en la cultura.

En sus altos años varias instituciones de bien público (la Sociedad Italiana, el Rotary Club, la Sociedad Industrial y Comercial y no son todas), lo contaban en su seno, con su conducta siempre orientada a la solidaridad, la cooperación y consociación humanas en beneficio del prójimo, especialmente de los más desprotegidos. Más allá del bien particular se entregaba al bien común y a la común utilidad de la sociedad en que vivía. Realizaba así, dentro de sus posibilidades, el bien bello de las relaciones humanas, desarrollando de este modo su personal estilo de vida.

## UN ESTILO DE VIDA

Atraía a don Gildo el paisaje rural de Mendoza, con sus sesgos latinos, con sus nieves y montañas, sus viñedos, sus olivares, sus álamos, sus gentes y sus viviendas coloridas. Echaba de ver el buey arador o el caballo de otros tiempos, reem-

plazados por los tractores veloces. En días festivos o en los mansos domingos, se alejaba de la ciudad y se lo solía encontrar, en diálogos con amigos, en las rutas de la Provincia, como si Mendoza, con la ciudad y campiña, se integrase en un pequeño cosmos que llama al sosiego y el disfrute dominical de sus gentes.

Caracterizaba a don Gildo un estilo de vida personal. Había conocido Europa y visitado familiares en Inglaterra, pero Mendoza fue siempre su hogar, nunca desarraigado punto de llegada y de partida. En ella acontecía su vida, aquí estaban la cenizas de sus seres queridos, y junto a ellas hacía su destino.

A veces el ojo avisor lo descubría caminando solitario por las calles de la ciudad, ensimismado, lejano, como si el rumor de una imprenta fluente e invisible fuera a su lado acompañándolo.